

El señor Bowling
compra el periódico

Los personajes de esta novela son ficticios.
No se pretende retratar a ninguna persona real,
ni viva ni muerta.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Mr Bowling Buys a Newspaper*

En cubierta: Café Odeon, Zúrich, 1920, póster

© Lordprice Collection / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Raquel García Rojas

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-63-8

Depósito legal: M-3.043-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Donald Henderson

EL SEÑOR BOWLING
COMPRA EL PERIÓDICO

Traducción del inglés
de Raquel García Rojas

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Con cariño, para Roses

Capítulo I

El señor Bowling se sentó al piano y allí se quedó hasta que fue anocheciendo, sin tocar, pero con el *Concierto para piano en re bemol menor* de Chaikovski abierto frente a él, por el primer movimiento, y así estuvo frotándose nervioso las manos y con la mirada fija en la ventana que había al otro lado de la habitación en sombras, para ver si ya había oscurecido lo suficiente. La ventana estaba abierta de par en par. Al principio, la tarde estaba un poco verdosa, como uno esperaría del verano en Londres; luego se hizo gris, después cambió a marrón fangoso y, a continuación, se volvió negra y segura. No es que fuera a hacer nada muy especial, pero se ponía de mal humor cuando no le apetecía hablar con la gente. Del mismo modo, a menudo caía en un estado de desesperada soledad, un estado de ánimo que tal vez podría haberse denominado suicida de no ser porque él era un hombre incapaz de cometer suicidio, pues tenía demasiado sentido del humor para un acto tan frío y deliberado. Pasó sin hacer ruido por delante del cuartito del teléfono, se detuvo en la puerta y escuchó. Luego, sigiloso, dejó atrás las dos

puertas y la estrecha escalera que llevaban al piso superior y bajó por la escalera principal al segundo y después al primero. Pasó por delante de varias puertas en la planta baja y salió a la plaza y, así, enseguida llegó a Notting Hill Gate. Con su tono de internado, pidió un ejemplar del *Evening Standard*. Como no les quedaba ninguno, dijo que se llevaría cualquier otro; en esa ocasión no le importaba cuál fuera el periódico. No eran noticias sobre la guerra lo que buscaba (eso lo había apartado de su pensamiento todo lo posible). Le aburría y se sentía con derecho a ello. Aquel podía considerarse un periodo de paz si uno quería, si se tenía una buena imaginación. Fue casi a ciegas, en la oscuridad de las calles sin iluminar, hasta el Coach and Horses, donde el ambiente era alegre y una de las camareras no estaba demasiado mal, aunque al verla decidió una vez más: «¡Nunca volveré a matar a una mujer! ¡En la vida! ¡Trae consecuencias inesperadas!». De todos modos, había tenido que hacerlo, fue una oportunidad providencial. Tenía un no sé qué el sentirse soltero después de aquellos años tan espantosos, de aquella espantosa mujer, pobrecilla; hagas lo que hagas, no te cases demasiado joven. Pidió un *whisky* doble — dos chelines, pero qué más daba —, se lo tomó a palo seco y pidió una pinta de cerveza, mezcla de joven y añeja, murmuró entre dientes unos cuantos comentarios e hizo un gesto rápido con la cabeza, como un hombre educado que en realidad no está escuchando, y se acercó a la barra de la comida. Pidió sopa y unos sándwiches de jamón y se enfrascó en el periódico. Lo escudriñó de principio a fin, de arriba abajo y de cabo a rabo. No había nada. Todo estaba bien. No había nada en absoluto. Echó un vistazo a su alrededor, vio un ejemplar del *Standard* abando-

nado en un asiento, lo cogió y lo revisó entero y, entonces, hincó el diente a los sándwiches. Se bebió la cerveza de un par de tragos. Su sombra se proyectaba en la pared blanca. La cabeza hacia atrás, las gruesas manos sujetando la jarra, su chaqueta azul, bastante buena. Era su segundo asesinato y se había librado. Tal vez hubieran encontrado el cuerpo y tal vez estuviese en el depósito, pero no se decía nada de nada sobre el señor Watson en los periódicos y ya habían pasado tres días. Se comió los sándwiches y la sopa a la vez, alternando sorbos del líquido marrón y mordiscos de los bocadillos. Después pidió más cerveza; le gustaba la cerveza, aunque le hinchase la barriga. Luego pidió un puro. Le costó un chelín y seis peniques. Entonces se fue y subió a tientas por la cuesta hasta el *pub* que le gustaba, el Windsor Castle. Le gustaba aquel sitio, era como un *pub* rural, tenía bancos y había dos grupitos jugando a los dardos. Se sentó y se puso a pensar. Se vio reflejado en un espejo y se dijo: «En fin, no sé, creo que parezco bastante decente».

En el otro extremo de la barra había una chica sentada con un soldado y dijo, refiriéndose al señor Bowling: «Ahí está el hombre ese que viene tanto por aquí. ¿No es horrible? Tiene algo raro».

Sin embargo, en Ebury Street, en Victoria, la gente creía que era maravilloso. Queenie solía decir: «Santo cielo, estoy harta, ¡vamos a llamar a Bill! Seguro que él nos anima y, al menos, ¡es un caballero!». Y se ponía a marcar el número 4796 de Park. Lo hizo en ese momento y los demás se sentaron por ahí con las botellas de Watney.

—¿Hola? ¿Podría hablar con el señor Bowling, por favor? Si no es molestia.

Solo que, a veces, alguno de los otros inquilinos cogía el teléfono, en lugar de la criada, pensando que lo más probable era que fuese para él, y se ponía impertinente cuando no era así.

—Ha salido —decía quien fuese sin siquiera llamar a su puerta.

—¿Y sería usted tan amable de darle un mensaje cuando vuelva? De parte de Queenie Martin. Él ya me conoce. Nos encantaría que se pasara por aquí.

... Volviendo a tientas del Windsor Castle, el señor Bowling llegó al número 40 y se apresuró a subir a su habitación. Empezaba a sentirse bastante bien. El entrenamiento durante los bombardeos lo había dotado de una considerable lucidez, y luego tanto tiempo aburriéndose en el Servicio de Ambulancias, hasta que consiguió la invalidez por sus problemas de corazón, así que ahora le costaba mucho sentirse bien de verdad. Se dijo a sí mismo que estaba contento. Empezaba a sentirse soltero otra vez, a recordar lo que era vivir solo en una habitación alquilada, como en los viejos tiempos, cuando tanto lo odiaba. Los hombres se casaban para evitar la soledad y también para hacer el amor de forma regular, desde su punto de vista, más que por cualquier otra razón. A veces, si tenían suerte, por dinero. Si tenían suerte de verdad, se casaban por amor. Pero claro, unos tenían suerte y otros no. Encendió la luz y se sentó en el diván mientras pensaba: «Supongo que parezco buena gente, aquí sentado, un tipo más bien tranquilo y triste». Sonrió como habría sonreído si lo hubiera estado mirando alguien dispuesto a decir: «¡Pobre Bill! Tranquilo, no pasa nada». Empezó a sollozar. Lloró sobre sus gruesas manos.

Había muchas razones para esas lágrimas, desde hacía mucho tiempo. Pensó: «No soy ningún pecador, en realidad. No más que cualquier otro. Estoy dispuesto a ayudar a la gente. Me uní pronto y de buena gana a los trabajos de guerra. En parte por el cambio, a todos nos gusta cambiar, y ya estaba harto de los seguros. Nunca pensé en esto otro, no en aquel momento. No hasta que esa bomba nos alcanzó de lleno y acabamos enterrados y ella empezó a gritar de aquella forma tan espantosa. Le tapé la boca con la mano, muy cerca de la nariz. Y vaya si se apagó rápido, como cuando una vela se queda sin aire. Solo fue asesinato si uno se pone quisquilloso. Había cosas peores. El chantaje era peor. La homosexualidad era peor. ¿Quién ha dicho que el asesinato fuese el único crimen capital? En la Antigüedad no era así. Te lapidaban por todo tipo de cosas. Pobre mujer, pero era una mula, una auténtica mula. Mira que era mula. Pobrecilla. Y, si no hubiera sido yo, podría haber sido el techo al derrumbarse. Quién sabe. En cualquier caso, es algo entre mi Dios y yo». Y se dijo: «Además, por primera vez, tengo un poco de dinero por hacer algo. ¡La indemnización! Ni siquiera se me había ocurrido».

La criada había corrido las cortinas rosas y tapado todas las ventanas para el oscurecimiento. Iba acercándose al piano cuando vio la nota debajo de la puerta. Queenie. Bien podía pasarse a verla. A lo mejor tenía ginebra. Volvió a coger su bombín y, sin perder ni un segundo, salió y se dirigió a la línea de metro de District Railway. Encontró a Queenie y a un montón de gente riendo a carcajadas —una representación completa de las Fuerzas Armadas, servicios de defensa militar y civil—, y casi no había sitio ni para respirar.

—¡Rediez! —exclamó con su tono de internado—. Aquí falta el aire. ¡Me voy a desmayar!

—¿Desmayarte? —repuso Queenie—. Toma, querido, ginebra. La he guardado para ti.

El marido de Queenie estaba borracho y metido en la cama. Era un hombre aburridísimo que trabajaba en el Ministerio de Información. En eso, todos los que trabajaban con él se le parecían.

Había un par de gemelas, jovencitas, del Servicio Territorial Auxiliar. El señor Bowling se dijo: «¿Qué pensaría esta gente si lo supieran?». Y luego: «Tal vez se enteren pronto. Haré todo lo que pueda».

Pero quizá esa forma de verlo era cosa de la ginebra.